



LUIS ERNESTO SALEM ABUGATTAS

In Memoriam

El 12 de noviembre, la Medicina Peruana, el Instituto Nacional de Enfermedades Neoplásicas y la Sociedad Peruana de Cancerología perdieron a uno de sus más queridos y preclaros representantes.

Nacido en Lima el 12 de marzo de 1927. En diciembre de 1953 obtuvo el título de médico-cirujano en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Iniciado el año siguiente ingresa como residente del Instituto de Enfermedades Nacional de Neoplásicas.

En 1955 es becado por el Consejo Británico para que continúe su preparación en Londres. En 1956, la American Cyanamid le otorga una beca en el Memorial Sloan Kettering Cancer Center de Nueva

York. A su retorno al Perú, de 1957 a 1963, se desempeña como asistente del Departamento de Cabeza y Cuello del INEN, asumiendo en junio de ese último año la jefatura del Departamento que lo ejerce hasta 1990, en que asume la Dirección General del Instituto Nacional de Enfermedades Neoplásicas.

Ha destacado también como un sincero y activo defensor de la deontología y del valor social de la medicina, y como dirigente valioso y comprometido profesionalmente de la Federación Médica y del Colegio Médico del Perú, cargo para el que fuera elegido Decano en el período 1978-79.

Ha sido profesor fundador de la Universidad Peruana Cayetano Heredia, miembro titular de numerosas sociedades científicas del Perú y del extranjero en las que alcanzó merecido reconocimiento por su calidad humana y profesional.

Su calidad y devoción por el trabajo lo llevaron a asumir cargos de responsabilidad institucional, demostrando ser un fervoroso y apasionado de la medicina como servicio total.

Más tarde se dirá que Luis Ernesto trajo y enseñó la doctrina y las técnicas quirúrgicas radicales modernas a todos y cada uno de los residentes del INEN durante 40 años. Se dirá que trató a sus pacientes con el afecto de un padre y la pericia de un maestro. Se dirá también que el magnetismo que irradiaba lo establecía no con palabras, sino con gestos sencillos, casi ingenuos, que denotaban su profunda bondad y su convicción de hombre de fe.

Luis Ernesto, fuiste un jefe como seguramente todos quisiéramos tener siempre: abierto al diálogo y a la crítica, que estimuló la iniciativa y el entusiasmo de sus discípulos. Nuestra tarea será difícil de cumplir, aunque hacemos todo lo humanamente posible por llevarla a la altura de tus merecimientos. Te recordaremos siempre con gratitud y afecto.

Rodrigo Travezán Carvo